

\*

El teatro no es el país de la realidad: hay árboles de cartón, palacios de lienzo, un cielo de harapos, diamantes de vidrio, oro falso, pintura sobre el melocotón, colorete en los carrillos, un sol que sale del suelo.

El teatro es el país de lo verdadero: hay corazones humanos en las tablas, corazones humanos entre bastidores, corazones humanos en la sala.



## Los grandes hombres

I

EL JUBILEO DE SHAKESPEARE

Abril de 1864



A tumba concluye siempre por tener razón. Recientemente, se presentó una oportunidad para pronunciar acerca de Shakespeare el juicio supremo liquidando lo pasado: la fecha ilustre del nacimiento del poeta de Stratford, el 23 de abril, aparecía por tricentésima vez.

Al cabo de trescientos años, el género humano tiene algo que decir á un ingenio durante largo tiempo insultado. Pareció que Shakespeare se presentaba en el umbral de Francia; París se puso en pie: los poetas, los artistas, los historiadores alargaron la mano á aquel fantasma, á cuyo alrededor los poetas veían á Hamlet, los artistas á Próspero, y los historiadores á Julio César; el salvaje ebrio, el arlequín bárbaro, el Gilles (1) Shakespeare apareció, y únicamente

(1) Personaje del teatro y de la feria.



se vió luz; la burla de dos siglos concluyó con un deslumbramiento, y Francia dijo: ¡Genio, bien venido seas! La gloria tomó nota.

Se sintió en la sombra, en la obscuridad algo parecido á la adhesión de nuestros muertos augustos; creyóse ver sonreír á Molière y á Corneille saludar. De los antiguos odios, de las antiguas injusticias, nada, ni una protesta, ni un murmullo, entusiasmo unánime; y, en esta hora, los apreciadores definitivos del fondo de las cosas, los que forran su aversión á los déspotas con amor hacia las inteligencias, los que, queriendo que se haga justicia, quieren también que se tribute justicia, los contemplativos, los pensadores solitarios ocupados en lo ideal, los soñadores, admirarán conmovidos la calma de las pasiones realizada al rededor de esa majestuosa entrada.

---

Shakespeare, ¿es el salvaje ebrio? Sí, ¡salvaje! es el habitante del bosque virgen; sí, ¡ebrio! es el bebedor de idealismo. Es el gigante bajo los inmensos ramajes; es el que tiene la gran copa de oro y de cuyos ojos se desprende la llama de toda esa luz que bebe. Shakespeare, como Esquilo, como Job, como Isaías, es uno de esos omnipotentes del pensamiento y de la poesía, que, enteros, completos, pertenecientes, por decirlo así, al Todo misterioso, tienen la profundidad misma de la creación, y que, como la creación, traducen y dejan ver exteriormente esa profundidad por una profusión de formas y de imágenes, echando fuera las tinieblas en flores, en follajes y en manantiales vivos.

---

Esos hombres poseen la originalidad, es decir, la inmensa facultad del punto de partida personal. De ahí su omnipotencia.

Virgilio parte de Homero; observad como crece la disminución de los reflejos: Racine parte de Virgilio, Voltaire parte de Racine, Chenier (María José) parte de Voltaire, Lucio de Lancival parte de Chenier, Cero parte de Lucio de Lancival. De luna en luna se llega á lo borroso. La progresión decadente es el más peligroso de los engranajes. El que penetra en ella está perdido. Ningún laminador adelgaza tanto.

Ejemplo: ved á Héctor en su punto de partida en Homero, y vedlo, cuando llega, en Lucio de Lancival.

La progresión decadente ha sido llamada en Francia escuela clásica.

De ahí una literatura de colores pálidos.

Hacia el año de 1804, la poesía tosía.

A principios de este siglo (1), en tiempo del imperio que concluyó en Waterloo, esa literatura dijo su última palabra. En aquella época llegó á su perfección. Nuestros padres vieron su apogeo, es decir, su agonía.

---

Los talentos originales, los poetas directos é inmediatos, no tienen jamás esas clorosis; la palidez enfermiza de la imitación les es desconocida. No tienen en las venas la poesía ajena. Su sangre es propiamente suya. Para ellos, producir es una manera de vivir. Crean porque son. Respiran, y producen una obra maestra.

La identidad de su estilo con ellos mismos es entera. Para el verdadero crítico, que es un químico, su

---

(1) El siglo XIX.



total se condensa en el más pequeño pormenor. Esta palabra, es Esquilo; esta palabra, es Juvenal; esta palabra, es Dante. *Unsex...* toda lady Macbeth está en esa palabra, propia de Shakespeare. No hay una sola idea en el poeta, como no hay una sola hoja en el árbol que no tenga en él su raíz. No se ve el origen; está bajo tierra, pero está. La idea sale del cerebro exprimida, es decir, amalgamada con el verbo, analizable, pero concreta, mezclada con el siglo y con el poeta, simple en apariencia, compuesta en realidad. Salida así del manantial profundo, cada idea del poeta, una con la palabra, resume en su microcosmo el elemento entero del poeta. Una gota, es toda el agua. De suerte que cada pormenor de estilo, cada término, cada vocablo, cada acepción, cada extensión, cada construcción, cada giro, á veces hasta la puntuación misma, es metafísica.

La palabra, según dijimos ya, es la carne de la idea, pero esa carne vive. Si, como la antigua escuela crítica que separaba el fondo de la forma, separáis la palabra de la idea, producís la muerte. Lo mismo que en la muerte, la idea, es decir, el alma, desaparece. Vuestra guerra á la palabra es un ataque á la idea. El estilo indivisible caracteriza al escritor supremo. El escritor como Tácito, el poeta como Shakespeare, pone su organización, su intuición, su pasión, su experiencia, su padecer, su ilusión, su destino, su entidad, en cada línea de su libro, en cada suspiro de su poema, en cada grito de su drama. La idea preconcebida imperiosa de la conciencia y un no sé qué de absoluto parecido al deber se manifiesta en el estilo. Escribir es hacer; el escritor efectúa un acto. La idea expresada es una responsabilidad aceptada. Por eso

el escritor es íntimo del estilo. No deja nada abandonado á la casualidad. La responsabilidad lleva consigo mancomunidad.

El detalle ó pormenor se ajusta al conjunto y es también un conjunto. Todo es comprensivo. Tal palabra es una lágrima, tal palabra es una flor, tal otra un relámpago, tal otra una basura. Y la lágrima quema, y la flor sueña, y el relámpago ríe, y la basura ilumina. Estiércol y sublimidad se unen; todo un poema lo prueba: Job.

Las obras maestras son formaciones misteriosas; lo infinito se elabora aquí y allí; tal expresión que os sorprende es en medio de todas esas emociones humanas, de todas esas palpitaciones reales, de todo ese patético vivo, un brusco desenvolvimiento de lo desconocido. El estilo tiene algo de preexistente. Permanece siempre en su especie. Brota de todo escritor, de la raíz de su cabello lo mismo que de las profundidades de su inteligencia. Todo el genio, lo mismo su aspecto terrestre que su aspecto cósmico, su humanidad lo mismo que su divinidad, el poeta y el profeta están en el estilo. El estilo es alma y sangre; procede de ese lugar profundo del hombre donde el organismo ama; el estilo es entrañas.

Es incontestablemente fatal, y al mismo tiempo no hay nada tan libre. Ahí está su prodigio. Ninguna cortapisa, ninguna dificultad, ninguna frontera. Es imposible dejar de sonreír cuando se oye hablar, por ejemplo, de las dificultades de la rima; ¿por qué no también de los obstáculos de la sintaxis? Esas pretendidas dificultades son las formas necesarias del lenguaje, ya sea en verso, ya en prosa, engendrándose por sí mismas y sin previas combinaciones. Tienen



sus análogas en los hechos exteriores; el eco es la rima de la naturaleza.

Conocemos á un poeta que en su vida ha abierto á Richelet (1), que ya de niño componía versos, primero informes, luego de menos en menos inexactos, y finalmente correctos, que halló paso tras paso, por sí solo, una después de otra, todas las leyes, la cesura, la rima femenina alternada, etc., y de quien la prosodia salió hecha de una pieza instintivamente.

El estilo tiene una cadena, la idiosincrasia, cordón umbilical de que hablábamos hace poco, que le une al escritor. Fuera de esa sujeción, que es manantial de su vida, es libre. Atraviesa en plena libertad todos los alambiques de la gramática. Es esencial; su principio, que constituye al mismo escritor, se le incorpora, y no pierde ni un átomo en todos los aparatos empleados para filtrar, de los cuales sale hecho frase para la prosa ó verso para la poesía.

En el interior mismo del ritmo general, que acepta, tiene un ritmo suyo propio, que impone. De ahí, desde el punto de vista absoluto, esa sorprendente elasticidad del estilo, que puede contenerlo todo, desde lo sutil casto hasta lo obscuro sublime, desde Petrarca hasta Rabelais.

Algunas veces Petrarca y Rabelais están en el mismo hombre, la escala del estilo va desde Romeo á Falstaff; el universo cabe en ese intervalo, los hombres, los ángeles, las hadas; la huesa aparece con su trabajador en una de sus extremidades, y en la otra su habitante, el sepulturero y el espectro; la noche,

(1) Gramático francés, nacido en Cheminon-la-Ville (Marne). 1631-1698.

cínica, deja ver otra cosa que su faz, *buttock of the night*; la bruja se yergue, euménide canalla, caricatura dibujada en la vaga pared del ensueño con el carbón del infierno, é inclinado sobre ese mundo que ha deseado y creado, contemplando su premeditación, el vasto poeta mira, escucha, añade, gime, se burla, ama y sueña.

Shakespeare, lo mismo que Esquilo, tiene la prodigalidad de lo insondable. Lo insondable es lo inagotable. Cuanto más profundo es el pensamiento, más viva es la expresión. El color sale de la negrura. La vida del abismo es inaudita; el fuego central produce el volcán, el volcán produce la lava, la lava engendra el óxido, el óxido busca, encuentra y fecundiza la raíz, la raíz crea la flor; de suerte que la rosa procede de la llama. De la misma manera la imagen viene de la idea. El trabajo del abismo se efectúa en el cerebro del genio. La idea, abstracción en el poeta, es deslumbramiento y realidad en el poema. ¡Qué sombra es el interior de la tierra! ¡Qué hormigueo la superficie! Sin aquella sombra no habría este hormigueo. Esa vegetación de imágenes y de formas tiene raíces en todos los misterios. Estas flores prueban la profundidad.

Shakespeare, como todos los poetas de ese orden, posee la personalidad absoluta. Tiene un modo peculiar de imaginar, una manera propia de crear, un modo particular de producir. Imaginación, creación, producción, tres fenómenos concéntricos amalgamados en el genio. El genio es la esfera de esas irradiaciones.



ciones. La imaginación inventa, la creación organiza, la producción realiza. La producción es la entrada de la materia en la idea; dándole cuerpo, haciéndola palpable y visible, dotándola de la forma, del sonido y del color, fabricándole una boca para hablar, pies para andar y alas para volar, en una palabra, haciendo la idea exterior al poeta al mismo tiempo que sigue permaneciéndole interior y adherida por la idiosincrasia, cordón umbilical que une las creaciones al creador.

En todos los grandes poetas, el fenómeno de la inspiración es igual, pero la diversidad de los aparatos cerebrales le varía hasta lo infinito.

La idea brota del cerebro: concepción; la idea se hace tipo: gestación; el tipo se hace hombre: parto; el hombre se hace pasión y acción: obra.

La idea en el tipo, el tipo en el hombre, el hombre en la acción, tal es en Shakespeare, lo mismo que en Esquilo, en Plauto y en Cervantes, el fenómeno, que se resume en esta concreción: la vida en el drama.

Todo es querido, hecho expresamente en la obra maestra. Shakespeare quiere su asunto, aquél y no otro; Shakespeare quiere su desenvolvimiento; Shakespeare quiere sus personajes; Shakespeare quiere sus pasiones; Shakespeare quiere su filosofía; Shakespeare quiere su acción; Shakespeare quiere su estilo; Shakespeare quiere su humanidad. La ha creado parecida á la humanidad y á él. De frente, es el Hombre; de perfil, es Shakespeare. Cambiad el nombre, poned Aristófanes, poned Molière, poned Beaumarchais, la fórmula permanece verdadera.



## II

## LA FONTAINE



LA Fontaine vive de la vida contemplativa y visionaria hasta olvidarse de sí mismo y perderse en el gran todo. Casi puede decirse que vegeta más bien que vive. Está allí, en el bosque, en el calvero, con los pies en el musgo, la cabeza debajo de las hojas, el espíritu en el misterio, absorto en el conjunto de lo que es, identificado con la soledad. Sueña, mira, escucha, escudriña el nido del pájaro, observa el tallo de hierba, espía el agujero de topo, entiende el lenguaje desconocido del lobo, de la zorra, de la ardilla, de la hormiga, del mosquito. No existe ya para sí mismo, no tiene conciencia de su ser aparte, su yo se borra. Estaba allí esta mañana, estará allí esta tarde; como aquel fresno, como aquel abedul. Pasa una nube, no la ve; cae un chubasco, no lo nota. Sus pies han arraigado entre las raíces del bosque; la gran savia universal los atraviesa y le sube al cerebro, y casi sin sentirlo se vuelve pensamiento como se vuelve bellota



en la encina y mora en el moral. La siente subir; se siente vivir esa gran vida igual y fuerte; entra en comunicación con la naturaleza, está en equilibrio con la creación. Y ¿qué hace? Trabaja. Trabaja como la misma creación, con el trabajo directo de Dios. Hace su flor y su fruto, fábula y moralidad, poesía y filosofía; poesía extraña compuesta de todos los sentidos que la naturaleza presenta al soñador, extraña filosofía que sale de las cosas para ir á los hombres.

La Fontaine, es un árbol más en el bosque: *el fabulero*.



## III

VOLTAIRE



VOLTAIRE no es precisamente ni un gran poeta, ni un gran filósofo. Es un gran representante de todo.

Voltaire hizo en su tiempo las veces de todas las tribunas y de todas las prensas del nuestro. Fué el periodista, el abogado y el diputado perpetuo de su época. Su grandeza consiste en haber sido el almacén de ideas de todo un siglo.

Cada vez que un hombre está en condiciones de inteligencia tales que todos sus contemporáneos van á él como á un depósito, como á un manantial, los grandes y los pequeños, los príncipes y los descamisados, uno con su ánfora, el otro con su cántaro, otro con su marmita, todos con el cerebro que tienen, ese hombre es grande. Criticad, analizad, reprended, burlaos cuanto queráis, indignaos, declarad cosa turbia, mezclada é impura lo que le ha servido para llenar todos los jarros y vasos, todas esas cabezas, no importa, ese hombre es grande. Podréis tener razón contra él en los pormenores; pero á buen seguro que tiene razón contra vosotros en el conjunto.